

Épinay-lès-Saint-Denis
Calle del Bord de l'Eau
Septiembre de 1813

Mi verdadero nombre es Marie-Jeanne, pero hace mucho tiempo que no me llaman así. Nací en Abbeville en julio de 1747, en una horrible y pequeña habitación del cuartel de la Maréchaussée. Un cuchitril demasiado sombrío para hacer la entrada en el mundo, estoy de acuerdo. Ahora mi casa está en Épinay. Vivo en una mansión a orillas del agua, en un lugar llamado los Béatus.

Ya estamos a finales de verano y el jardín sigue magnífico. Me gustan sus grandes árboles y el riachuelo que fluye más abajo. Las rosas bajo las ventanas de mi habitación ascienden hasta mí con suavidad. Ese perfume... Me las ha regalado Antoine Richard, el jardinero de la reina. Un buen hombre, ese Antoine, el genio bueno de Trianon y un sabio, a su manera.

El día declina. Cerrar los ojos, beber con avidez el aire de la noche, aquí, ahora, es todo lo que quiero. Estos olores mezcla de rosa, de tierra... es Versalles que de repente me invade la nariz para saltarme mejor al cuello. Versalles se parecía a su olor, una mezcla de divino y diabólico. Efluvios de rosa —todo el mundo se perfumaba— y de tufos insulsos, pútridos, como un repugnante olor a muerte. Sí, eso era Versalles y era delicioso. No he vivido nunca en el castillo, pero he pasado horas y horas en él. No sabría decir cuántas en total. Tengo la sensación de que mi vida, mis años más hermosos, se han quedado allí. En el corazón del «monstruo espantoso»... Así lo llama él, el otro, el corso. Seguramente lamentando que estos sucios acontecimientos que lo han destruido todo no hayan terminado su obra. Arrasar Versalles, sus estatuas y sus bosquecillos. El monstruo espan-

toso es él. Él, que quiere exterminar hasta las piedras y hasta las flores, él, que acaba de casarse con una austriaca. Monstruos, nuestra época no ha dejado de parir monstruos, pero cuanto más la acallan y más la matan más presente está ella, madame Antonieta, muy viva, en los reproches o los remordimientos. Algunas noches, todavía me parece oírla.

No tengo miedo. Ni de las rosas ni de los recuerdos que despiertan ni de los fantasmas que resucitan. Si se pasean bajo mis ventanas o vienen a buscarme, estoy preparada. No, no tengo miedo, nunca he tenido miedo. No os fiéis de las apariencias. No soy esa viejecita frágil que aspira, arrobada, en el balcón, el perfume de sus flores. Soy la misma de antes. «Un tornado, una roca, un volcán», mi pobre madre me comparaba a una catástrofe o a una fuerza natural. He debido de ser un poco las dos cosas, pero los sesenta y seis años pasados no me han convertido en un vejstorio.

Soy una vieja solterona, llena de insolencia y de recuerdos.

Los que no me han olvidado no me creen capaz de tomar la pluma para contar mi historia. Los muy imbéciles... Me invitan mucho a sus cenas últimamente. Para robarme la memoria. Buscan en ella a la reina. ¡Ya era hora! No les confío nada esencial e incluso exagero un poco, una vieja costumbre. Quieren bonitas historias, grandes recuerdos. Les cuento lo que me viene a la cabeza, sin olvidar ponerme al frente. Por algo fui «ministra». Además, adorno y embrollo la historia a propósito. Yo antes adornaba las cosas, las maquillaba, y sigo haciéndolo ahora, a mi manera. «Marchante de modas de la reina», estas palabras figuraban, y en letras grandes, en mi rótulo de la calle Saint-Honoré y más tarde de la calle de Richelieu. Que me escuchen pues a gusto, o que tomen y dejen lo que les plazca. Sólo quieren recuperar la magia de aquellos tiempos, pero la magia se ha esfumado. Un poco por su culpa. ¿Dónde estaban cuando Madame se encontraba en las Tullerías, en el Temple, en la Conserjería? * Ese vacío, ese silencio siniestro alrededor de los soberanos cuando la alegre emigración se pavoneaba en Coblenza, en Londres o en Mannheim. Y ahora todos vienen a mendigar desahogo y confidencias, como una recompensa.

* Antigua prisión de París. (N. de la T.)

—Cuéntenos, madame Rose... —me suplican algunas noches, prendidos de mis labios. Sí, podría decirles muchas cosas, pero no me creerían. Aquellos tiempos que tienen por mágicos lo eran todavía mucho más.

El azul de la noche sube del jardín con el olor dulzón de las flores. Mis recuerdos se le parecen. Dulces o picantes como un regalo de hortelano.

Capítulo 1

No sé muy bien por dónde empezar. Tengo que recuperar todos estos años y esos recuerdos que se escapan. Pero lo voy a intentar, debo hacerlo. Rosas o negros, los retratos que se hacen de nosotros son muy falsos.

Voy a decir las cosas como vengan. Empezando por el principio, para explicarlo todo bien desde su inicio.

Nací un 2 o un 7 de julio de 1747 en el cuartel de la Maréchaussée de Abbeville, en Picardía. En vida de mi padre, Nicolas, jinete arquero de la Maréchaussée, nos beneficiábamos de un alojamiento gratuito. En verdad, una desagradable hilera de habitaciones oscuras y húmedas, junto a la prisión. Un lugar para esperar o ir al encuentro de la muerte.

Los gendarmes a caballo, los *lapin ferrés*, lo abandonaron hace muchos años, pero el caserón sigue en pie. El cuartel de la Maréchaussée se ha convertido, creo, en la casa de Aduanas. Monsieur Boucher de Crèvecoeur de Perthes debe de presidir su nuevo destino.

Soy la pequeña de una gran familia, grande por el número. Mi madre Marie-Marguerite se casó en primeras nupcias con Jacques Darras, con el que tuvo dos hijos. Una niña que murió a edad temprana y Jacques-Antoine. De Nicolas, mi padre, tuvo tres hijos y cuatro hijas más. Sólo sobrevivieron dos chicos y tres chicas. Yo estaba en este lote. Ya era fuerte y vigorosa, acostumbrada desde pequeña a comer sopa de col y tocino. Un remedio de larga vida según mi abuela Pinguet. En cualquier caso, una comida sólida a la que quizá debo la fuerza de mis órganos y de mi temperamento, que han resistido tanta violencia.

Mis padres, como buenos católicos, me hicieron bautizar en la iglesia de Saint-Gilles por el padre L'Herminier. L'Herminier o Falco-

minier..., nunca lo he tenido claro. Todos lo llamábamos «padre», excepto Jean-François de Mouchy, el brigadier en jefe de la Maréchaussée, que se dirigía a él con un aparatoso «monsieur Falcominier», y excepto nuestros vecinos, que le trataban de «señor cura L'Herminier». De lo que estoy segura es de que era alto y flaco. Los ojos como botones de pantalón muy cercanos le daban un aspecto malvado. Con su nariz ganchuda y su hábito negro, parecía una ruin corneja. Daba miedo a todo el mundo. Una desgracia que creo que le iba muy bien para sus asuntos. El domingo, a nadie se le ocurría olvidarse de las horas de misa.

Mi madre, muy piadosa, me transmitió muy pronto el amor a Dios y Falcominier-L'Herminier no consiguió nunca que le temiera. Siempre he sabido por instinto que esa gran corneja tenía un corazón de oro y nunca he tenido miedo ni de él ni del Señor al que servía.

Nosotros, los niños Bertin, tuvimos todos como padrinos a amigos de mi padre, soldados de la Maréchaussée de Abbeville. Excepto yo, que fui la ahijada de mi hermano mayor, Jacques-Antoine. Mi madrina, una vecina, se llamaba Marie-Jeanne Gauterot. Le debo mi nombre.

Sí, allí fue donde nací. En un hogar modesto sin instrucción ni fortuna, pero de inclinación tierna y afectuosa.

Un hermano carpintero, otro jinete arquero, hermanas, primas, tías... obreras de fábrica. Salvo mis dos hermanos, toda la familia trabajaba más o menos en los paños y las telas desde siempre. El azar del nacimiento, la herencia del norte. Ver la luz en Picardía representaba respirar, trabajar, vivir —sobrevivir— a través del trapo. El camino era invisible pero trazado. Mis pasos siguieron a los suyos.

Veo a mi madre... La veo siempre cuando me vuelvo hacia aquellos años. Creo que ella me mira y me oye sin cesar. Entonces le hablo. Los niños deben creerme buena para la casa de locos. El otro día, la pequeña Toinette me miraba con curiosidad. Imagino que a veces oye a su tía abuela hablarle a las paredes de su dormitorio. Querida Toinette... Le gusta tanto venir a verme a Épinay, tanto como a mí me gusta recibirla.

Mi madre era muy hermosa antaño. Es cierto, era baja y morena, pero de tez fresca, cintura dócil, ojos vivos y además animosa, alegre. Todo el mundo decía que me parecía a ella. Catherine y Marthe tenían más de nuestro padre. Estructura alta y largo rostro serio bajo un pelo rubio y ensortijado.

Por lo que recuerdo, mi padre era muy bondadoso, pero no lo conocí realmente. Tenía siete años cuando murió.

En el pueblo decían que mi historia estaba escrita, que seguiría el camino de las mujeres de la familia en la manufactura o me establecería como sirvienta en casa de L'Herminier o sería cuidadora de enfermos como mi madre.

Yo, en mis pensamientos, me contaba otras historias, y bonitas. Para empezar, mi padre no había muerto, sólo había desaparecido, lejos de nuestra vista. ¡De viaje! Y un buen trabajo o un buen marido, yo sabría encontrarlos cuando llegara el momento. Esto es lo que me decía y, a fuerza de decírmelo, debí de empezar a creérmelo. Sin embargo, era huérfana y además de la raza de los oscuros. Era inconcebible, incluso en mis divagaciones más locas, que me forjara un futuro de color de rosa. El futuro, para mí, y en el mejor de los casos, era ser la mujer de un buen comerciante o dependienta de una tienda. Pero los sueños, los bonitos, los grandes, ¿quién podía impedirme los? Pues sí, soñaba todos los días con todas mis fuerzas y por encima de mis posibilidades. No era una pigmea, era una gigante dormida que esperaba su hora...

«Pecado de orgullo, mi Jeannette», habría protestado mi madre si hubiera podido sorprender mis pensamientos. Y quizá los había sorprendido. Las madres a menudo saben lo que una se empeña en esconderles.

En el pueblo, el bueno de Adrien, que biqueaba ante cualquier enagua, empezando por las mías, decía que yo iba para rata de sacristía y que una hermosa planta como yo valía más que la fábrica o que una mísera casa parroquial. Adrien se expresaba con rudeza. Un día, me acorraló y me explicó que tenía proyectos para mí. Proyectos... No lo comprendía todo, pero adivinaba, y su perorata podía tragársela. Sabía que por mi origen no podía aspirar al oro y el moro, pero de ahí a imaginarme bajo la dependencia de aquel perro loco... Por

una vez, era él el que soñaba. Me persiguió mucho tiempo a pesar de mis desaires.

Creo que desde ese momento sentí la mirada de los hombres posarse sobre mí.

Sin vanagloriarme, había muchos que me encontraban atractiva. Pero los piropos no me deleitaban. Primero me sorprendieron y después, rápidamente, me molestaron, e incluso me avergonzaron. En casa de los Bertin, no se bromeaba sobre la virtud de las muchachas.

En aquellos tiempos, vivíamos en la mediocridad.

Al morir mi padre, habíamos abandonado el siniestro alojamiento del cuartel de la Maréchaussée por una vivienda, en la calle Basse, todavía peor y cuyo techo dejaba pasar regueros e hilillos de agua no bien empezaba a llover.

Llueve mucho en Picardía.

No puedo decir qué era lo más molesto, si el desbordamiento obstinado de las aguas o aquel olor tenaz a barro y podredumbre.

Estuve dos o tres años con mi madre, mis dos hermanas y mi hermano pequeño en aquel barrio cuyo nombre ignoro. El aire era siempre asquerosamente tibio y estaba cargado de olores fuertes. Recuerdo los tenderetes de los artesanos amontonados en las callejuelas sin vista. Era un lugar sin horizonte ni perspectivas.

Jean-Laurent y yo íbamos a menudo a jugar en aquel laberinto de calles. Cuando no nos torcíamos un tobillo en el pésimo adoquinado, nuestros pies resbalaban en el barro, pero no nos preocupaba. La costumbre... y estábamos en esa edad en la que no puede pasarte nada siempre que no te quiten a tu madre y que tu barriga esté pasablemente llena.

Por supuesto, mi madre soñaba para sus hijos una existencia menos ingrata que la suya o que la del resto de habitantes de la región, aspirados por la fábrica de Van Robais, la de Michault o también la de la viuda Homaffel. Así pues, cuando el padre L'Herminier le pidió que me dejara asistir a la escuela de la parroquia, donde quería instruirme un poco, aceptó con gusto. Le costó horas de limpieza en el presbiterio, que ofreció de corazón.

—Está bien, mi Jeannette.

Todavía la oigo felicitarme por un mérito que no era tal.

—Tienes el don de hacerte querer, eso es bueno, hija mía.

Me sentía orgullosa de aprender el alfabeto, las cifras y la ortografía, pero me sorprendía. La gran corneja tenía la bondad de tomarme bajo sus alas. ¿Por qué a mí? ¿Por qué no a mis hermanas? ¿Por qué no a tantos otros?

Mi madre y L'Herminier me salvaron de la fábrica. La poca instrucción que iba a recibir apartaba las hilanderías de mi camino.

Para mademoiselle Barbier, la marchante de modas de Abbeville, con la instrucción recibida ahora podía trabajar de recadera en su hermosa tienda.

Fue una vez más mi madre quien se las arregló para conseguirme el trabajo.

Ni las cotillas del lugar ni ese desvergonzado de Adrien dijeron una palabra cuando entré como aprendiz en casa de mademoiselle Barbier. Sabía lo que pensaban de ello. ¡Era demasiado bueno para Marie-Jeanne! Sin duda, era mejor que vaciar orinales o curar viejos gruñones que apestaban a sudor y leche agria, con ropas sucias o algo peor. Era mejor también que amontonarse en una fábrica y oír los ladridos de un capataz.

La primera vez que penetré en el pequeño dominio de Victoire Barbier me sentí trastornada. Cuántas maravillas, cuántos tesoros cuyo nombre no sospechaba hasta entonces, ni siquiera su existencia.

En Barbier, se sacaba el máximo partido comercial a la frivolidad. Se imaginaban vestidos y tocados, con plumas, con flores, con cintas, se vendían toquillas, mitones, guantes, pañuelos, manguitos, incluso abanicos. ¡Ah!, la moda, sus formas, sus usos. Mademoiselle Barbier parecía saberlo todo y quería enseñármelo todo. Una suerte. Sabía las cosas y las explicaba bien, a veces con palabras complicadas. A menudo hablaba de «artificios». Artificios... Cómo me gustaba esta palabra. ¡Y «perifollo»! Bonita también. Nunca me he cansado de su música.

Todo era divertido en la costura. Me entendía bien con la patrona y las chicas, y aprendía un verdadero oficio. Descubrí los famosos «artificios». ¡Se trataba de la elección de las telas, los cortes y los co-

lores! Cuando mademoiselle y sus parroquianas,¹ que olían a polvos y a violeta, hablaban, de sus bocas se escapaban matices fantásticos. Un poco ridículos, es cierto, pero fantásticos. «Fifí pálido asustado», «cola de canario», «vientre de cierva», «español muerto», «muslo de ninfa turbada», «risa de mono», «araña premeditando su crimen»... ¡Menudo carnaval! Al principio, las otras modistillas se burlaban de mí. Debí de poner cara rara al descubrir su alegre jerigonza. Las sorpresas no habían acabado todavía, pero ¡eso era la moda! Jugaba con la palabra como con la pluma o la cinta.

El domingo y los días de fiesta, ayudaba a mi madre. La acompañaba a casa de sus enfermos para echarle una mano. No era algo agradable, pero me complacía porque estaba con ella, sola con ella. Me gustaba cuando regresábamos cogidas del brazo cantando nuestras canciones o hablando bajito.

Adoraba a mi madre y ella me lo agradecía.

Después llegó mi segunda gran tristeza. Jean-Laurent enfermó de una mala fiebre de la que nunca se recuperó.

Jean-Laurent, mi pequeño, mi hermanito, habría querido partir con él. Qué podía hacer solo allá arriba un chiquitín de diez años... El padre L'Herminier me consolaba como podía. Pero de qué sirven las palabras, aunque sean bonitas, ante la muerte de un niño. No hay nada que decir, nada que explicar.

Me encerré en mi tristeza. Era mía, la necesitaba, me complacía refugiarme en ella. Monsieur L'Herminier decía que la tristeza mejoraba el alma, que la hacía más dulce. Más palabras. Porque yo me volví malvada. Me puse a detestar a todos los niños pequeños de diez años desbordantes de vida y de salud.

Después de la muerte de Jean-Laurent, me convertí en la más pequeña, y la casa continuó vaciándose. Mis hermanas se marcharon a Amiens en busca de mejor fortuna en una peluquería. En la calle Basse, sólo quedábamos mi madre y yo. Nuestras relaciones se hicieron naturalmente más estrechas. Además, nos parecíamos mucho, tanto física como espiritualmente. Yo era otra ella. Un espejo joven en el que se veía de niña. En la casa Bertin, había dos Marie-Marguerite, la grande y la pequeña.

Durante la semana, de lunes a sábado, todo mi tiempo pertenecía a mademoiselle Barbier. La tienda abría a las diez, pero mucho antes ya estaba trabajando en el taller. Las chicas preparaban la tienda. Una pausa de una hora y después trabajábamos hasta el anochecer cultivando las flores de terciopelo, encanillando los encajes de Valencienes y sumergiéndonos en los océanos de *chautilly* o de gro de Nápoles, y las transparencias de gasas y *barèges*. Me fascinaban las hermosas telas y me fascinaba todavía más la habilidad de la patrona, que las transformaba en prendas de vestir. Adoraba los atavíos y los preciosos tejidos, los brazaletes o los collares que se tomaban por flores. El taller era un jardín donde crecían en menos de una hora amapolas, margaritas, peonías, rosas...

Mademoiselle Barbier era más que una marchante de modas. Y poco a poco me sorprendí soñando. Yo también quería ser una Victoire, mandar sobre las telas y los colores.

Y pasaron los años. Una mañana, mademoiselle Barbier tenía un aspecto sombrío y las chicas lloraban. Los negocios no marchaban bien y la patrona no podía mantener por más tiempo tres costureras. Como yo era la última que había llegado, sería la primera a la que despediría. Sin embargo, hacía siete años que trabajaba en aquel comercio. De aprendiz, había pasado a empleada y de empleada a un puesto que no era gran cosa, pero casi había acabado de aprender el oficio y otra patrona me contrataría, forzosamente debía de existir en alguna parte. ¡Sólo tenía que encontrarla! Pero las marchantes de modas no crecían como setas entre nosotros y, en la fábrica, la contratación andaba floja. Tenía que ir a otra parte a ofrecer los servicios, como mis hermanas. ¡Marcharme! Sola y lejos de allí, lejos de los míos.

Y Adrien se burlaba. Me repetía que era tonta por preocuparme, que él seguía teniendo proyectos para mí.

Apesadumbrada, me resigné. Mi madrina Gauterot aseguraba que en París el trabajo no faltaba y que la remuneración era muy superior. ¡Así que rumbo a París!

Mi madre añadió a mi maleta un pañuelo de encaje, una bolsa monedero bordada en redecilla de seda azul y un peine heredado de mi abuela Méquignon. Puso también un libro de plegarias, regalo de monsieur L'Herminier. Me aseguró que los planes infinitamente misteriosos

de la divina providencia por fuerza tenían prevista alguna cosa para las chicas como yo. Había que aceptar sus proyectos y abandonarse a ellos con confianza. Obedecí y, en la calle Basse, en la casa Bertin, sólo quedó una Marie-Marguerite.

Capítulo 2

En la primavera de 1762 o 1763, descubrí París. No se parecía a lo que esperaba.

Tenía quince años y era la primera vez que me aventuraba lejos de casa. Lo tenía todo por aprender, todo por descubrir, pero mademoiselle Victoire lo había dicho, ¡tenía aptitudes! Ella pretendía que con mi fisonomía y mi gusto por el oficio me abriría camino. Sin embargo, todo lo que podía ofrecer estaba en ciernes y los inicios fueron laboriosos.

En Abbeville, era una modistilla. En París, no era nada en absoluto. Ni siquiera una enana, era casi invisible. Nunca me había sentido tan sola como en esta ciudad inmensa y hormigueante.

Pasé mi primera noche en París en la calle de la Juiverie, en casa de una amiga de Victoire Barbier, una bonita pelirroja, de piel lechosa, acribillada de pecas.

No me quedé mucho tiempo en la calle de la Juiverie. La señora pelirroja tenía obligaciones y una familia numerosa, así que me las arreglé para no molestarla mucho tiempo. Encontré rápidamente un trabajo y, por lo tanto, un nuevo alojamiento. Trabajaba y vivía en el mismo lugar.

Primero me contrataron en una pequeña tienda del paseo de Gesvres y después en el negocio de Marie-Catherine Péqueleur, en la casa de modas del Trait Galant. En el número 243 de la interminable calle Saint-Honoré, el epicentro de la elegancia. Rebosaba de comercios. Quince boneteros, tres bordadores, media docena de sombrereros, tres costureras, quince pañeros, cuatro lenceras, una buena treintena de merceros, «vendedores de todo, fabricantes de nada», un guantero, una docena de peleteros, otra de sastres y una veintena de comerciantes de modas. Sin contar los comercios de las calles de alrededor.

Había observado durante mucho tiempo los rótulos. Todo era galante o dorado: L'Écharpe d'Or, Le Bourdon d'Or, Le Cygne Couronné, Le Goût du Siècle, Le Trois Sultanes, Les Dames de France, Les Deux Anges, La Pelisse Galante, Le Magnifique... A saber por qué, preferí la tienda de Marie-Catherine Péqueleur. Empujé la puerta y me quedé unos años. «En mi casa se trabaja duro», me había prevenido La Pagelle. Todo el mundo la llamaba así. Pero el trabajo nunca me había asustado y el sueldo me convenía. También había precisado que en su casa sólo toleraba chicas formales.

—¡A dormir a las diez y nada de hombres en el dormitorio!

Acepté.

Todavía siento su mirada punzante repasándome de los pies a la cabeza, calibrándome como a un animal de feria. Un hermoso animal, sin duda, aunque yo no tenía conciencia de ello.

El Trait Galant gozaba de una buena reputación, que quería conservar. Las malas lenguas decían que las casas de modas no eran más que viveros de alegres busconas, de pelo empolvado con argentina y mejillas subidas de color, pero en su casa las modistillas no exageraban con el blanco de cerusa ni con el rojo. La ropa producida en el Trait Galant no desentonaba con las normas de la decencia al igual que casi todas las chicas que trabajaban en el establecimiento.

—No estamos en la tienda de los Labille¹ —pregonaba a menudo La Pagelle.

A dos pasos, en la calle Neuve-des-Petits-Champs, los famosos Labille, buena gente, regentaban una tienda llamada À la Toilette. Este comercio no tenía la suerte de ser del agrado de mi patrona a causa de una historia con una chica. Una bonita planta, tipo trepadora, de una belleza que cortaba la respiración. Con su pelo rubio, natural y sin polvos, los ojos azules y la cintura flexible, era arrebatadora y dotada, muy dotada, no solamente en el arte punzante de la costura. Los hombres la llamaban «el ángel».

—¡Un ángel con todo el fuego del diablo en el trono que le prohíbe la silla de paja! —se mofaba Marie-Catherine Péqueleur.

¡Poco a poco, la hermosa Jeanne se había convertido en la querida de Luis XV! Abandonó el oficio cuando yo lo descubrí y se dio prisa en cambiarse el nombre de Bécu por el más distinguido de Du Barry.

En fin, así fue como logré emplearme, por la mayor de las casualidades, en el *Trait Galant*, un negocio floreciente, con una reputación de costumbres decentes, muy rara en el oficio.

Me tomó su tiempo amar París.

Cuántas veces me perdí en mis primeras entregas. Cargada con montañas de encargos, me perdía por calles y callejuelas. Me equivocaba de dirección, retrocedía, y llegaba con los pies adoloridos a casa de una clienta furiosa por haber esperado demasiado. Pero era joven y lista, y pronto me las arreglé en el gran laberinto. Con la canción en los labios y el corazón en el trabajo, me lancé sin vacilar más ni equivocarme de dirección. ¡Los paquetes que llegué a entregar a aquellas damas! Era un buen oficio el de modistilla, aunque me gustara más estar en el taller que al aire libre.

París era de una turbulencia agotadora. Una multitud numerosa se agitaba en cualquier momento y en cualquier lugar. ¡Incluso en misa! Y había incontables calles, estrechas, sin acera, pero nunca sin cunetas lodosas, incluso en los barrios elegantes. La gente tenía que disputar un pedazo de calle a los caballos, que creían que todo les estaba permitido. Los pequeños cabriolés también eran una verdadera pesadilla. Jóvenes sin dos dedos de frente se divertían llevando a toda velocidad esas sucias jaulas de conejos. Podías elegir entre morir aplastada o morir de vergüenza, cuando veías la impresión que causaba en casa de la clienta recibir una falda manchada de barro.

La ciudad te escupía encima sin contemplaciones. Pululaban personajes sombríos. Las ropas y las medias del transeúnte modesto estaban condenadas al color más sufrido, un negro cómodo, que los distinguía tristemente.

Pero éstos no eran los mayores peligros. París no tenía contemplaciones con la debilidad ni con la miseria, y se zampaba crudas a las oquitas frescas recién llegadas del campo, como yo.

Me acostumbré a mi nueva vida. Poco a poco me fue gustando la gran ciudad, donde nada dejaba de asombrarme. París era un espectáculo, tan hermoso como una *Ifigenia en Táuride* o un *Adivino de la aldea*. ¡Un día anunciaba a un hombre que andaba sobre el río, otro día, a un muchacho que cavaba la tierra como los topos! Otro, a una

perra sabia que jugaba a las cartas o incluso a una serpiente de doce pies de largo con una lengua de tres puntas. ¡Cómo morir de aburrimiento en semejante ciudad!

Mi lugar preferido estaba cerca del Pont au Change; lo descubrí gracias a una entrega que tuve que hacer. Me recordaba la bahía de Somme. Allí, si cerraba los ojos, podía transportarme sin gastar dinero hasta las orillas de mi río. Iba a menudo a pasear el domingo con mi nueva amiga.

Había entablado amistad con Adélaïde Langlade, una encantadora rubia de ojos claros y tez pálida que me recordaba a mis dos hermanas, Marthe y Catherine. También hacía poco que trabajaba en el Trait Galant, después de abandonar de buena gana el convento y a las monjas, que habían intentado enseñarle canto, danza, historia o geografía, esas cosas tan bonitas que me eran desconocidas y que tanto me habría gustado saber. Adélaïde detestaba los años de pensionado. Decía que allí todo estaba prohibido. Las chicas se levantaban y se acostaban temprano, vestían un siniestro uniforme, las mantenían bien atadas como perritos.

—Prohibido reír, cantar, correr e incluso mirar a las personas mayores a los ojos, ¿crees que eso es divertido? —me confiaba—. El pensionado es la prisión. ¡No puedes imaginarlo!

Y sí que podía, la prisión, la conocía. ¡En Abbeville, casi había nacido en ella!

Descubrí París y a las parisinas. Descubrí también la moda, la verdadera, la de la capital. ¡Era tan complicada! Sin estar acostumbrada, solamente recordar el nombre de los trajes era toda una proeza. Traje de mañana, traje de tarde, traje para ir a la iglesia, traje para cenar, traje para las visitas extraordinarias, traje para las visitas de familia, traje para la corte, para el espectáculo, para el baile, para la caza, para la equitación, para cenar en casa de otros, para recibir a los religiosos, para las bodas, los bautismos, los duelos... y la lista no se detenía aquí. ¿Acaso se detenía? El mundo elegante preveía un traje de circunstancia para todas las ocasiones. Y las había. Además, todo se regía por las telas y los colores de temporada.

Ya estaba segura de dos o tres cosas. Para convertirse en una hada-perifollo, primero había que tener buenos ojos, dedos ágiles y

buenas piernas; para recorrer la ciudad y entregar la mercancía a la clienta. También había que tener una gran memoria. Todos esos perfollos...

Tenía mucho que aprender y aprendía. La moda, la costura, la vida, todo lo que no está escrito en los libros y que se susurra de día en el taller y de noche en el dormitorio. Lo ignoraba todo de mi nuevo mundo, las maneras, los usos y costumbres, las historias, los escándalos. Tiraba de la aguja, saltaba las cunetas lodozas, cargada como un borriquillo con mil paquetes, sin olvidar nunca abrir bien los ojos y los oídos. Tenía sed de aprenderlo todo, de conocerlo todo.

Capítulo 3

Los meses y los años siguientes no fueron realmente felices. Pero tampoco fueron realmente desgraciados.

¿Quién era yo entonces? ¿Qué sueños brotaban todavía de mi cabeza? Creo que no pensaba en gran cosa más que en trabajar. Las jornadas en el taller eran agotadoras, pero tenía una salud sólida y el exceso de trabajo no me asustaba. Podía aguantar hasta tarde. Hacía felices a la encargada de la tienda y a La Pagelle, sobre todo porque las escapadas nocturnas a escondidas de la patrona no eran de mi gusto. Algunas obreras, las que llamaban las huidizas, no me lo perdonaban. Me animaban sin éxito a unirme a ellas en sus calaveradas.

No las juzgaba, pero me consideraba muy diferente. Andar de picos pardos con el primer hombre que te salía al paso, jugar a las «Venus» o a las «Sophie cuerpo bonito» con vejetes llenos de vicios y enfermedades, no, muchas gracias. A ciertas chicas les gustan esos desenfrenos, a mí nunca me han gustado.

Mi vida era contraria a todo lo que había conocido hasta entonces, pero pronto me pareció todo natural, excepto las maldades de algunas chicas. Estaba convencida de que todas las parisinas se les parecían. A decir verdad, las encontraba malvadas. Al principio, mis maneras, mi inexperiencia, mi acento e incluso mi nombre, les parecían algo burdo.

Sufría su desprecio en silencio. Sabía que debía controlar mis estados de ánimo, ocultar mi resentimiento. Sabía también que debía adaptarme a las leyes de mi nueva situación. Así que en primer lugar me cambié el nombre de pila. La Pagelle lo encontraba demasiado común.

—Vulgar —decía, con un aire de ligero asco.

A menudo, en el taller, las chicas se reían imitando mi acento, que cosquilleaba pesadamente en el oído. Mis entonaciones rurales pero también mi nombre anticuado redoblaban su buen humor. En una casa que se jactaba con razón de servir tanto a la corte de Francia como a la de España, no cabían antiguos nombres pasados de siete modas. Debían resultar agradables al oído como las canciones de cuna más tiernas de Berquin. Todas las chicas tenían nombres prestados muy distinguidos.

—¿Qué piensa de Oliva? ¿O Charlotte? —me sugería firmemente La Pagelle.

Yo no pensaba gran cosa, pero me doblegaba ante las reglas puesto que era necesario. Así fue como desapareció Marie-Jeanne.

Al mismo tiempo, me dedicaba a cambiar mi acento. Lo sabía, una forma de expresarse demasiado rústica sólo podía perjudicarme. Las buenas maneras y un bonito nombre eran importantes. El mío, el nuevo, debía satisfacer a La Pagelle, pero también tenía que gustarme. Quería que fuera sencillo y dulce, como un terciopelo, una caricia, y lo había encontrado, ¡me llamaría Rose!

—Me parece muy bien —había concluido la patrona.

«Rose» le gustaba a Adélaïde. Incluso las demás chicas parecían encontrarlo menos palurdo. Mademoiselle Rose por aquí, mademoiselle Rose por allá; las clientas también le encontraban un cariz mejor. Hacía falta poco para tenerlas contentas, pensé entonces, había pasado por renuncias peores. Aquel nombrecillo tan dulce y nuevo me hacía crecer. Así etiquetada, penetré de verdad en la gran familia de las damiselas de la moda.

Por supuesto, había que continuar aprendiendo. Descubrir el *traquenard*,¹ controlar la felpilla,² acercarse a las *compères*,³ poner en cintura las *considérations*⁴ y los *petits bonshommes*...⁵ Cuando pienso en lo mucho que había que tragarse. Este oficio movilizaba el cuerpo entero; la cabeza para la memoria, las piernas para las entregas, los dedos para la labor y los oídos para impregnarse de las noticias del momento. No me atrevo a decir la lengua para difundirlas. ¡A fe mía que una casa de modas estaba mejor surtida que una gaceta! No había noticia que se nos pudiera escapar. Sin embargo, yo prefería dominar las ondulaciones de los afollados, domar los plisados dispuestos en serpentes de lazos, tutear a los volantes y encañonar los encajes.

Lo que más me divertía eran los adornos de cabeza y rostro. Empleaba gasas, cintas y flores frescas. La encargada de la tienda decía que elegía con intuición; tonos fríos para desinflamar las mejillas campesinas, *follettes*⁶ o rosas para alegrar los semblantes severos. Empezaba a inventar. La Pagelle lo apreciaba. Madame Sagedieu, su encargada, estaba perpleja frente a mi empeño en arrugar la muselina. ¿Ganas de distinguirse, necesidad de un sueldo mayor? ¿O un extraordinario amor por este oficio?, pensaba. Todo lo que sabía era que la patrona me tenía en gran estima. Aparte de Adélaïde, todas las chicas se sentían celosas. Sobre todo cuando nuestras parroquianas empezaron a solicitar mis servicios. Las bonitas y sobre todo las otras. Decían que los espejos del Trait Galant eran los menos crueles de París.

—¡Envíeme a Rose! ¡Sólo la quiero a ella!

—Esa chiquilla es un hada.

Decir que me sentía halagada se queda corto.

Cada día dominaba un poco más el oficio, avanzaba al ritmo moderado de los buenos trabajadores, no lentamente, pero de forma segura. Como mademoiselle Victoire, Sagedieu pensaba que yo tenía un don. Pero, sin trabajo, un don no es nada o no gran cosa. Así pues, con paciencia y cariño, me dediqué durante años al arte de embellecer, a la «poesía de la moda», como decía madame Pagelle, a quien no le molestaba que le dieran un título interminable. «Gran directora del gusto» o también «Experta en artes de belleza» eran sus preferidos.

Mi vida transcurría lejos de los míos, pero gozaba de un trabajo, un sueldo y una vivienda correctos, de una buena patrona y nuevas compañeras de mi edad. Echaba de menos Abbeville, por supuesto, pero París tenía cosas buenas. Cuando hacía sol, el domingo, las chicas acostubrábamos a reunirnos. A pesar de nuestros caracteres diferentes, era agradable hacer picnic juntas a orillas del Sena. La Pagelle veía con buenos ojos estas excursiones. Pero ella no lo sabía todo.

—¡Nada mejor para crear lazos afectivos! —decía.

El domingo era la libertad. Con Adé del brazo, subíamos por la calle de Gourdes⁷ o nos dirigíamos sin prisas al Gran Paseo o a los Campos Elíseos. Hablábamos y hablábamos sobremesas enteras. Las